EL GRAN DESCONOCIDO

por **Ginés de M.ª Rodríguez, F.S.C.**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

D.L.: M-38953-1981
I.S.B.N.: 84-300-5396-4

Impreso en España

EL GRAN DESCONOCIDO

3ª edición: 80.000 ejemplares

Enseñando San Juan Bautista a los que le seguían, les dijo:
"En medio de vosotros *hay uno a quien no conocéis".* (Jn. 1,26).
Este personaje que vivía *tan desconocido* en medio de su pueblo, era nada menos que

JESUCRISTO nuestro SEÑOR,

el VERBO DE DIOS, el HIJO DE DIOS, el QUE LO ES TODO.
Ahora mismo habitamos la Tierra alrededor de 4.000.000.000 de seres humanos.
Y de estos cuatro mil millones, sólo mil millones reconocen a Jesucristo como HIJO DE DIOS.
Y los otros 3.000 millones NO han oído hablar nunca de EL.
Y los que han oído hablar de EL, de ordinario, ¡qué conocimiento tan pobre, tan superficial tienen del SEÑOR de los señores!...
Se puede decir, de verdad, que hay millones de seres humanos que se levantan y se acuestan todos los días sin dedicar el menor pensamiento a su Creador y Redentor.

* * *

¿Quién era Jesucristo hace 2.000 años? Hace 2.000 años, Jesucristo era Dios, solamente DIOS, la Segunda Per-

sona de la Santísima Trinidad, Espíritu purísimo, infinitamente perfecto, igual al Padre. Todavía NO se había hecho hombre. Se hizo hombre hace 1.982 años. Desde entonces es Dios y hombre verdadero.

Pero JESUCRISTO, como DIOS, ha existido siempre, siempre, antes de todos los siglos, que EL creó; porque los siglos, el tiempo, es una criatura que pasa, como pasamos nosotros, y es EL quien creó el tiempo (Jn. 1,3) y es EL quien pondrá fin al tiempo cuando lo crea conveniente, según los designios del Eterno Padre.

Y "NO habrá más tiempo", dice la Escritura (Apc. 10,6-7, y Dan. 12,9-13) ...y seguira la eternidad, que NO es tiempo, cosa que no podemos comprender ahora; la eternidad es algo infinitamente perfecto, es Dios mismo cuando es eternidad FELIZ, y es el infierno, gehenna, el abismo o lugar de tormento, cuando es eternidad DESDICHADA...

La ETERNIDAD, hablando en el tiempo, es un instante; instante inmutable, eterno: un presente puro, sin antes ni después; es el mismo Dios, es decir, que la eternidad NO es algo aparte de Dios. Es Dios que es, que es siempre EL mismo, idéntico a Sí mismo...

En Dios, por ser eterno, no hay pasado ni futuro: TODO es presente. Dios no nos ha visto nacer, ni nos ha visto pecar, sino que nos está viendo.

El tiempo no es eterno, es el modo de existir lo contingente, lo que puede ser o no ser, porque la existencia no le conviene necesariamente y que a la fuerza es capaz siempre de mutabilidad por su misma esencia metafísica, y que ahora existe en condiciones a propósito de variabilidad, porque en esas condiciones le tiene situado Dios, que le crea y le explica. Pero lo contingente siempre es en Dios, existe en EL, consiste en EL. Si no, no sería. Quiere decir que esa mutabilidad se apoya en la eternidad inmutable de Dios. De otro modo, dice Jiménez Duque, resulta hasta impensable.

Somos, pues, siempre en su eternidad; pero ahora en condiciones que nos ponen, a la vez que en ella, fuera de ella; en condiciones de variabilidad, para la que somos, por

nuestra misma contingencia, siempre de suyo aptos. Existimos por eso ahora en la temporabilidad. Nos realizamos en ella. Pero no somos precisamente ella, como quieren algunos existencialismos. Por tener un alma eterna, nuestra comunión en el ser nos abre a la eternidad de Dios.

¡Qué grandes cosas nos esperan en la eternidad si somos fieles en el tiempo!

Está claro en la Sagrada Escritura, que el Autor de la Vida es Jesucristo que es Dios, y se dejó matar para salvarnos...

Un día el apóstol Felipe dijo a Jesús: "Señor, muéstranos al Padre"; y Jesús le contestó: "Felipe, quien me ve a MI, ve al Padre, porque el Padre y YO somos una misma cosa."

Sí, Jesucristo es Dios, *un sólo Dios* con el Padre y el Espírituo Santo.

Sí, Jesucristo LO ES TODO, y todo es obra de sus manos y todo para el hombre.

Desde el Paraíso Terrenal con el Arbol de la Vida, hasta la piedra y el hierro, y el oro y el carbón y el petróleo y el uranio, etc., que creó en las entrañas de la tierra para siglos futuros, cuando el hombre había de necesitarlo, TODO es obra del VERBO de Dios, que es Jesucristo, Nuestro Señor.

¡Esto nos dice un poco cuánto amó Dios al hombre desde el principio!

* * *

Después de veinticinco años visité un colegio del que fui fundador, y asistí a las bodas de plata por cariñosa invitación. Un señor de unos treinta y tantos años se me presenta entusiasmado y satisfecho con unos cuadernos, mapas y otros trabajos que guardaba de aquellos tiempos y hasta las notas de examen que yo le había puesto.

Yo le dije para probarle:

– ¿Por qué guardas esto, si no vale nada?

Y rápidamente me contesta:

– ¡No me diga eso, si lo hice yo!

—Y a ti, ¿quién te hizo?

—Pues Dios —me contestó.

—Si tú amas tanto una cosa, que vale tan poco, porque tú la hiciste, ¿como te amará a ti Dios *que te hizo un ser inteligente y libre*, capaz de conocerle y amarle y gozarle por toda la eternidad?... Sí, amigo mío, Dios, el Sumo Bien, te ama a ti con un amor infinito que no puedes comprender...

—¿Qué habrá visto Dios en ti para que te mande que le ames?

—¿Qué habrá visto Dios en ti para que haya muerto por ti, en la cruz?

—Es verdad, y no lo pensamos... —dijo, reflexionando y bajando un poco la cabeza.

Y yo digo también ¡NO LO PENSAMOS! Y por eso Jesucristo es el GRAN DESCONOCIDO... y tan poco amado...

Vamos a intentar en este FOLLETO, que será siempre de ACTUALIDAD, hablar, pensar y meditar sobre este PERSONAJE que se merece TODO, todo nuestro interés, todo nuestro entusiasmo y es dignísimo:

de todos nuestros amores
de todas las adoraciones
de todas las alabanzas
de todas las acciones de gracias
de todos los sometimientos a sus santas leyes
de todas las heroicidades
de todo cuanto se puede decir y pensar en el honor y la entrega que debemos a este divino SEÑOR.

AMOR, HONOR y GLORIA al CORAZON DIVINO DE JESUS.

* * *

Ni que decir tiene que estas páginas van dirigidas a todos los hombres y mujeres, habidos y por haber, pero de modo especial a los bautizados que tienen corazón de após-

tol, almas grandes dispuestos a trabajar en la viña y en la mies abundante... El tiempo de los apóstoles no se pasó, está en pleno vigor, más que nunca se necesitan hoy obreros de Cristo, de todas las edades, y de todos los estados y de todas las culturas.

Alma que esto lees, JESUCRISTO TE NECESITA, urge que te despiertes, porque EL esta cerca y está preparando sus ejércitos y es preciso que tú prepares también tu ánimo y pidas con fervor que ilumine tu vida para emplearla, gastarla, quemarla iluminando al mundo, que, en espera de cosas terrenas, se muere de necesidad y angustia, porque no cree lo que decía San Agustín: "Me creaste para TI e inquieto está mi corazón hasta que descanse en TI."

Si al leer este FOLLETO encuentras algo que despierte en ti nuevas inquietudes, procura leerlo varias veces y hacer que lo lean muchos, abriendo así horizontes a nuevas almas que sembrarán a la vez la doctrina de Cristo y su "Obra", que es la Iglesia de DIOS.

Jesucristo decía: "La mies es mucha y los obreros pocos; pedid al dueño de la mies que envíe obreros." "Vosotros, id y predicad."

Y San Pablo dice a los Romanos (c. X): "Todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo." Mas, ¿cómo le han de invocar si no creen en EL? O, ¿cómo creerán en EL si de EL nada han oído hablar? Y, ¿cómo oirán hablar de EL si no se les predica? Y, ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía? Porque está escrito: "Benditos los pies de los que evangelizan la paz y anuncian el bien."

Tú, quien quiera que seas, puedes ser una de esas almas apostólicas que anuncien la verdad, que siembren eternidad...

* * *

Escribiendo esto cae en mis manos la revista "Ecclesia", del 4 de enero de 1975, en cuya primera página se lee con caracteres mayúsculos esta expresión del Papa:

URGE UN CONOCIMIENTO MAS PROFUNDO DE CRISTO

Acabo de decir que este FOLLETO es siempre de actualidad, por tratarse de Jesucristo Nuestro Señor, pero *esta urgencia*, sugerente del Papa, le hace oportunísimo y me espolea con estímulo filial a pedir al Espíritu Santo me ilumine para que este trabajito sea conforme a los deseos de S. S. Pablo VI, que empieza su charla de esta manera:

"Estamos en las vísperas de las fiestas de Navidad. ¿Conqué nace Jesús? ¿Quién es Jesús? Nuestra fe se regocija y grita:

es el hijo de Dios hecho hombre
es el Mesías que esperamos
es el Salvador del mundo
es la imagen del Dios invisible
es el camino, la verdad y la vida
es el Amigo interior
es el que nos conoce, incluso desde lejos, y penetra nuestros pensamientos
es el que nos puede perdonar, consolar y hasta resucitar.
Y es el que volverá como Juez de todos y de cada uno en la plenitud de su gloria y de nuestra felicidad eterna.

Y esta letanía podría continuar adquiriendo las notas de un cántico cósmico, sin fin y sin límites."

"Pero, desahogada nuestra alma en este himno de gloria y de fe, ¿podemos considerarnos plenamente satisfechos? ¿O acaso no permanece en el fondo de nuestro espíritu una necesidad de conocer, de decir más?"

"Sin duda alguna, prosigue el Papa, porque *Jesucristo es misterio*, es decir, un SER que supera nuestra capacidad de comprender y de exponer; El nos encanta, nos satisface y de este modo nos instruye en torno a nuestros límites y sobre la necesidad de seguir estudiando, de pro-

fundizar más, de explorar mejor "lo cual es la amplitud, la altura y la profundidad de su misterio" (Hebr. 3)."

Propongámonos pues, a nosotros mismos, una obligada y urgente inclinación a la comprensión, en la medida de lo posible, de la Persona y de la doctrina de Cristo en su problema fundamental: ¿Quién es verdaderamente Jesús? He aquí la cristología. Y segundo problema: ¿Qué significa su venida entre nosotros? ¿Qué ha hecho Jesús? He aquí la soteriología, es decir, la doctrina de la salvación realizada por El.

"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... y suena, *Jesucristo es Dios y Hombre verdadero.* Esta es la verdadera definición de El, y para nosotros, la verdadera Teología. Que este tiempo sea para todos nosotros la epifanía del Señor, es decir, la manifestación auténtica de quién es El y de lo que ha hecho por nosotros, despertando el deseo de la necesidad, el deber de conocerle bien, *de conocerle mejor* en 'Espíritu y en verdad'."

URGE, pues, conocer y hacer conocer a Jesucristo: lo dice el Papa, y nosotros, sus hijos, debemos tomar este consejo como un mandato y ponernos todos en disposición de Apostolado. Fuera la tibieza, fuera la indiferencia y la pereza... TODOS activos, dinámicos, llenos de entusiasmo a propagar el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, que está cerca, muy cerca, aunque algunos no lo crean.

Empecemos por nosotros mismos, hagamos actos de fe y pidamos al Señor que nos aumente la fe; pidámoselo por medio de María, la Virgen, dispensadora de todas las gracias. Nuestra FE debe ser *fuerte, viva, comunicativa,* iba a decir *contagiosa*. Leamos todos los días algunas páginas del Nuevo Testamento, sobre todo de los Santos Evangelios; éste es un gran medio de conocer a Cristo, el Hijo de Dios.

Decía San Pablo a los Efesios (1, 16-18): "No dejo de rogar por vosotros para que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé un espíritu de sabiduría y de revelación, *para conocer a Dios,* de modo que sean iluminados los ojos de vuestro corazón."

Y San Jerónimo dijo: "Ignorar las Escrituras es desconocer a Jesucristo."

EL PAPA PREGUNTA

¿Quién es verdaderamente Jesús? (Cristología)

Acaba de decir que es el Hijo de Dios hecho hombre, el Mesías prometido y esperado, es decir, el Salvador del mundo.

La Iglesia ha enseñado siempre, desde el principio, que el hombre, el personaje histórico que nació de la Virgen María, JESUCRISTO, es al mismo tiempo el Hijo de Dios; y que lo es en el sentido propio y natural de la palabra; que es consustancial al Padre, como también es consustancial con nosotros.

"Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Jn. 1, 1-14).

En los primeros siglos de la Iglesia, salpicada todavía con la sangre de los mártires, sufrió otro asalto, tal vez más peligroso que las mismas persecuciones: el de la herejía contra la Encarnación. Entonces suscita Dios a San Atanasio, que en el Concilio de Nicea hizo una defensa maravillosa de este misterio con su famoso Símbolo. Entre otras cosas dice:

"La fe católica es que creamos y confesemos que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre verdadero."

"Es Dios como engendrado, antes de los siglos, de la sustancia del Padre."

"Es hombre por haber nacido, en el tiempo, de la sustancia de una madre."

"Es Dios perfecto y hombre perfecto, dotado de alma racional y carne humana."

"Igual al Padre según la divinidad, inferior al Padre según la humanidad."

"Aunque es Dios y hombre, no hay en El dos personas, sino que es un sólo Jesucristo en una sola Persona, la

Segunda de la Santísima Trinidad, el Hijo."

La naturaleza humana de Cristo, esto es, el cuerpo y el alma de Jesús, es una naturaleza concreta, completamente dominada por la divinidad. Lo humano de Jesús es la humanidad del Verbo, porque el Verbo se ha hecho carne.

Los católicos creemos estas verdades porque constan en la Sagrada Escritura y la Iglesia nos enseña, y las enseña porque Jesucristo, su Fundador, ha dado testimonio de ellas afirmando y probando su DIVINIDAD.

JESUS AFIRMA QUE ES DIOS

Se lo dice a los apóstoles, al pueblo, y, con juramento, ante el tribunal de Caifás:

A los apóstoles, ratificando la solemne confesión de San Pedro:

"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo", respondió Pedro.

"Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. XVI, 15-17).

Respondió Natanael: ¡Maestro! Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". (Jn. 1, 49).

Y en sus conversaciones íntimas con ellos, les decía:

"Mi Padre y yo somos una misma cosa. Quien me ve a mí ve al Padre" (Jn. X, 30).

Al pueblo, proclamando su divinidad tan abiertamente que provocó la indignación de los oyentes:

"Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios".

A la Samaritana. Era el mediodía, los apóstoles entraron en la ciudad a comprar qué comer, y Jesús, fatigado del camino se sentó junto al pozo. En esto llega una mujer a sacar agua y le dice: "Dame de beber".

Dícele la mujer: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de

beber a mí que soy samaritana?" Porque no se tratan judíos y samaritanos.

Respondió Jesús: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le pedirías a él agua viva." Ella le dijo: "Señor, no tienes con qué sacar el agua y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, te viene ese agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebió él mismo, sus hijos y sus rebaños?"

Jesús la dijo: ¿Quien bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, pues el agua que yo le daré se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna."

Dícele la mujer: "Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed." Jesús le dijo: "Vete, llama a tu marido y ven acá." Respondió la mujer: "No tengo marido." Díjole Jesús: "Bien dices: no tengo marido, porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad." La mujer le dice: "Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar." Jesús contesta: "Créeme, mujer, ya es el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoraremos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos; pero viene el tiempo y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad." Dícele la mujer: "Sé que el Mesías, al que llaman Cristo, está para llegar; cuando venga nos lo revelará todo." Jesús la dijo: *"Ese soy Yo,* que habla contigo."

Ante el tribunal de Caifás, al conjuro del Sumo Sacerdote, Jesús responde afirmando su divinidad, aunque en ello le va la vida:

"Te conjuro por Dios vivo, nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios", pregunta el Pontífice.

Y Jesús le respondió: "Tú lo has dicho. Yo soy" (Mat. XXXVI, 63-64, y Luc. XXII, 70).

JESUS AFIRMA

Que es superior a todos los hombres y a todos los ángeles

El humildísimo y mansísimo Jesús se vio en la necesidad de mostrarse superior a toda criatura; nos dice que es más grande que Salomón y que Jonás (Mt. XII, 41), más grande que David, quien le reconoce por su Señor (Luc. XX, 41), mayor que Moisés y Elías, como se ve por la Transfiguración; superior al Bautista, que se dice indigno de desatar la correa de su sandalía; superior a los mismos ángeles del cielo (Marc. XIII, 41, y XVI, 27), a quien El llama sus ángeles, los cuales son sus servidores y mensajeros, a quienes enviará el día del juicio para que separen a los malos de la compañía de los buenos. Y hablando de esto, dice: "Que nadie sabe el día del juicio, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino únicamente el Padre" (Mt. XXIV, 31). Es una graduación progresiva en la que El ocupa el lugar inmediato a su Padre celestial, hablando como hombre.

Empero nadie sino Dios puede decir que es superior a todas las criaturas, a los hombres más insignes por su ciencia y santidad; pero cuando afirma que es superior a los mismos ángeles, no cabe dudar que es más que un hombre, que es un ser divino. La Sagrada Escritura nos describe a los ángeles como cosa propia de Dios (Gén. XVI, 9; Dan. III, 49; Luc. I, 11; Ap. VIII, 2-4). Luego si Jesús posee sobre ellos esa preminencia y se la atribuye de una manera tan solemne, prueba evidente que es más que un profeta, más que simple Mesías, pues la calidad de Mesías, el carácter de profeta, por eminente que sea, no justifica esa elevación.

JESUS AFIRMA

Que existe antes de la Encarnación y antes de la creación del mundo

El fariseo Nicodemus, principal entre los judíos, vino de noche a Jesús y le dijo: "Rabí, sabemos que has veni-

do como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él..." Jesús le dijo: "En verdad, en verdad te digo, que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimonio... y nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo" (Jn. III, 11-13).

Y en otro lugar dice: "Salí del Padre y vine al mundo, otra vez dejo el mundo y voy al Padre" (Jn. XVI, 28). Cierto día trataba Jesús de probar la verdad de su doctrina y las relaciones que le ligaban con su Padre celestial, y a los judíos incrédulos les dice: "Abrahán, vuestro padre, ardió en deseos de ver mi día, le vio y se gozó." Y los judíos le dijeron: "¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?" Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que antes que Abrahán fuese, yo soy." Tomaron entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió y salió del templo (Jn. VIII, 58 y ss.).

Jesucristo vio a Abrahán porque antes de que éste fuese criado existía Cristo, que le crió. Esto se confirma otra vez, por estas palabras de Jesús: "Glorifícame Tú, Padre, en ti con aquella gloria que tuve en ti, antes que fuese el mundo."

JESUS SE ATRIBUYE PODERES DIVINOS

Un día estaba Jesús enseñando en una casa y había algunos fariseos y doctores de la ley que habían venido para oírle y mucho gentío. En esto, unos hombres trajeron en una camilla a un paralítico y trataban de introducirlo para ponerle delante de El. Pero no encontrando por dónde meterle, a causa de la multitud, subieron al terrado y lo descolgaron con la camilla y le pusieron delante del Señor. Viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al tullido: "Hombre, tus pecados te quedan perdonados."

Entonces los escribas y fariseos empezaron a pensar en su interior: ¿Quién es éste que así blasfema? ¿Quién pue-

de perdonar los pecados sino sólo Dios? Mas Jesús, que conoció sus pensamientos, les dijo: "¿Qué estáis pensando en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: tus pecados te son perdonados, o decir: levántate y anda?" (Las dos cosas son imposibles al hombre, pero más fácil es decir: perdonados te son tus pecados, porque como no se ve si es verdad...)

Pues Jesús les dijo claramente y despacio: "Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. El, levantándose, se fue a su casa. Viendo esto, las muchedumbres quedaron sobrecogidas de temor y glorificaban a Dios de haber dado tal poder a los hombres."

Y este mismo poder de perdonar los pecados, que pertenece sólo a Dios, Jesús lo comunica a sus discípulos: "A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviereis les serán retenidos." Como vemos, Jesús va más lejos, no sólo perdona el pecado, sino que comunica ese poder a otros hombres, los sacerdotes.

En la parábola de los deudores (Luc. VII, 47), cuando absuelve a Magdalena, supone que ésta era deudora a El mismo por sus pecados, y, sin embargo, dice: "Le son perdonados sus muchos pecados porque amó mucho." Luego si le era deudora a Cristo por sus pecados y los pecados se cometen contra Dios, Cristo era Dios; y si el amor a Dios borra los pecados y Magdalena amaba a Cristo, por este amor se los perdonó, e indudablemente Cristo tenía personalidad divina.

JESUS SE ATRIBUYE DERECHOS DIVINOS

Jesucristo no sólo se atribuye poderes divinos, sino *derechos divinos*. Es notabilísimo el lenguaje del Señor cuando reclama el amor a su persona, llevado hasta la abnegación, hasta la renuncia de todas las cosas por El. Jamás un hombre ha exigido cosa semejante. El, que en la ley de Moisés mandó honrar padre y madre, ahora enseña: "El

que ama a su padre o a su madre más que a Mí no es digno de Mí." "Cualquiera que dejare casa, o hermanos, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna" (Mt. XIV, 29). "Todo el que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. Y el que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mt. X, 32-33).

Se atribuye también el *derecho de juzgar a los vivos y a los muertos* y el de disponer del reino de los cielos: "Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con El, se sentará en su trono de gloria... y dirá: "Venid, benditos de mi Padre..." o bien: "Id malditos... al fuego eterno" (Mt. XXV, 31-41). De esta potestad tan insigne, exclusiva de Dios, se sigue la cualidad de Juez supremo de vivos y muertos como cosa propia, que se atribuye claramente Cristo Nuestro Señor.

Jesús dice que es el Señor del sábado y que tiene los mismos derechos de su Padre celestial (Mt. 12, 6-8). En ocasión de reprender los fariseos a los discípulos de Jesús porque cogieron unas espigas en día de sábado, Jesús les respondió: "Dígoos que aquí está el que es mayor que el templo. Porque el Hijo del hombre es Señor del Sábado." Cristo no podía decir que era Señor del sábado si no fuera Dios. Siendo el sábado de institución divina, sólo Dios puede ser el Señor del sábado; si, pues, Jesús tiene dominio sobre el sábado, tiene dominio de algo que sólo depende de Dios, luego es Dios. De hecho suprimió el sábado y estableció el domingo, primer día de la semana.

En fin, debiendo enviar Jesús a sus apóstoles por el mundo, antes de subir a los cielos, quiso conferirles su misión, diciéndoles: "Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. XXVIII, 19). En estas palabras declara expresamente que es Dios. Se coloca al lado del Padre y del Espíritu Santo, luego es Dios como ellos. Por lo mismo que las TRES personas son citadas bajo una misma fórmula, participan de la misma dignidad y, consistiendo la dig-

nidad del Padre en la naturaleza divina, síguese que también el Hijo y el Espíritu Santo poseen esa misma naturaleza, idéntica en los TRES. Todos los teólogos aducen ese testimonio para demostrar en Dios la Trinidad de personas y la unidad de esencia.

Pero, además de estos testimonios, fue el Padre Eterno quien dio el testimonio de su filiación divina, y lo hizo al principio para que los principales apóstoles, testigos de aquella grandiosa manifestación, tuvieran la seguridad de que se trataba verdaderamente del Hijo de Dios, pues oyeron la voz del Padre, clara y profunda: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias, a El habéis de escuchar; es mi Hijo, no adoptivo, sino engendrado por Mí en mi propia sustancia, existente conmigo desde toda la eternidad..."

Creemos que después de lo expuesto no habrá quien, juzgando imparcialmente, dude de las declaraciones de Cristo, ni del sentido en que deben tomarse: Cristo se proclama HIJO DE DIOS porque lo es.

JESUCRISTO PRUEBA QUE ES DIOS

Además de estas declaraciones irrebatibles, tenemos todavía otras pruebas clarividentes con las que Jesucristo demostró SER DIOS.

Jesucristo probó que era Dios: con la *santidad de su vida*, con *la perfección de su doctrina*, con *sus milagros*, con *el cumplimiento en su persona de las profecías del A. Testamento y de sus propias profecías*, y también, con *la fundación y conservación de la Iglesia.*

Santidad de la vida de Cristo.

Jesucristo se presenta al mundo como modelo de todas las virtudes, modelo perfecto y universal, modelo de todos los hombres.

Su vida, como su doctrina, fue sin mácula ni sombra. Sólo El pudo decir a sus enemigos sin temor a la réplica: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" (Jn. VIII, 46).

Y a todos dijo: "Ejemplo os he dado para que vosotros hagáis como yo he hecho."

Fue modelo de todas las virtudes en relación:

Con su PADRE celestial, en relación con el *prójimo y consigo mismo.*

"¿No sabíais que debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi PADRE?" (Lc. II, 49).

"Para que sepa el mundo que amo al PADRE y cumplo lo que me ha mandado, levantaos y vamos de aquí."

"Se anonadó a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. II, 8).

Con el prójimo tuvo una caridad admirable que extiende sus beneficios a todos, incluso a sus enemigos, aunque guardando lo más delicado de su ternura y de sus desvelos para los niños, los pobres, los afligidos, los pecadores:

"Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que YO os aliviaré" (Mt. XI, 23).

"Y viendo a la madre del difunto, el Señor se compadeció de ella y le dijo: "No llores", y acercándose al féretro dijo al difunto: "Joven, levántate", y vivo, se lo entregó a su madre" (Lc. VII, 13).

"Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Luc. XXIII, 34).

"Me amó y se entregó a la muerte por mí" (S. P. a los Gál. II, 20).

"Tomad y comed, éste es mi cuerpo" (Mt. XXVI, 34).

"Dejad que los niños vengan a mí y no se lo estorbéis" (Mc. X, 14). En fin, nos da el gran mandamiento de amarnos los unos a los otros como hermanos; nos exhorta a que guardemos fidelidad en los contratos, justicia en los salarios y ejerzamos siempre la caridad con todos.

Consigo mismo, en su conducta personal: nace pobre en un pesebre, vive pobre en un taller y muere pobre en una cruz: en el pesebre se abrazó con la pobreza; en el taller, con el trabajo, y en la cruz, con el sacrificio de Sí mismo.

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (Mt. XXII, 21).

"Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt. XI, 29).

"¿Qué dices a lo que éstos dicen contra ti? Pero Jesús callaba" (Mt. XXVI, 62).

"Un escriba le dice: "Maestro, te seguiré donde quiera que vayas." Díjole Jesús: "Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza" (Mt. VIII, 19-20).

"Habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre" (Mt. IV, 2).

Cuando hablaba a solas con la Samaritana, llegaron los discípulos, y dice el Evangelio que "se maravillaban de que hablase con mujer". Tal era el buen ejemplo que siempre había dado.

La SANTIDAD de Cristo fue supereminente como ninguna. El es el Santo de los Santos y pudo ponerse como modelo diciendo: "YO soy el camino, la verdad y la vida", porque poseyó un grado sumo de perfección de todas las cualidades que exige la santidad.

Jesús, que venía a regenerar al hombre, no podía menos de mostrarle su santidad y contribuir con los ejemplos de su vida y la perfección de su doctrina, a elevarle y estimularle a llevar una vida de perfección y santidad.

Jesucristo no sólo es la figura moral más hermosa, la santidad más excelsa, la perfección más encumbrada y gigante; es también la verdad más comprensiva, la inteligencia más fúlgida, la realidad ideal más fecunda, poderosa y enérgica. En El no hay sombra ni nubes, es luz y sólo luz, verdad y sólo verdad; si en El brillan todas las virtudes con la más pura expresión, no brillan con menos fulgor todas las verdades de la ciencia.

Siendo Jesús luz y sólo luz, verdad y sólo verdad, no puede engañarse ni puede engañarnos porque es la misma VERDAD y la misma SANTIDAD, incapaz de mentir y hacer el mal.

¡Oh GRAN DESCONOCIDO, ilumina al mundo con tu luz y tu verdad; purifícale con tu SANTIDAD y tu JUSTICIA... Ven, SEÑOR, no tardes, ven pronto, ven ya!

PERFECCION DE LA DOCTRINA DE CRISTO

El Concilio Vaticano I, S. III, c. 2, dice: "Plugo a la sabiduría y bondad de Dios revelarse a Sí propio a nosotros y descubrirnos los eternos secretos de su voluntad por medio sobrenatural conforme a estas palabras del apóstol San Pablo (Hebr. I, 1-2): "Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres por los profetas en diferentes ocasiones y de muchas maneras, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo Jesucristo".

De suerte que Dios nos habla por medio de su VERBO, el cual dice: "Me ha sido dado todo poder en los cielos y en la tierra." Y en San Mateo: "Enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas" (VII, 29).

Jesucristo hablaba para iluminar al mundo y santificarlo; su palabra era de gran sencillez, clara, fácil, popular, acomodada a todos los tiempos, lugares y personas; ungida de celeste suavidad y saturada del más tierno amor a los hombres. Las formas de su enseñanza eran de ordinario el sermón, el discurso o la parábola, y todos le entendían, según El pretendía, llegando a decir los que le oían: "Jamás hombre alguno habló como este" (Jn. VII, 46).

¿Y por qué esa palabra de Cristo sigue escuchándose después de veinte siglos por almas selectas y seguida con generosidad, hasta formar héroes capaces de no sólo dejar las cosas de este mundo, sino hasta dar la vida por confirmar sus enseñanzas?

Porque es *palabra vital* con fuerza poderosa que arrastra las potencias interiores del alma, las energías más fuertes del hombre; es luz que brilla y llama que abrasa, es palabra de vida con una eficacia que se traduce en actos de abnegación y de santidad.

La doctrina de Cristo enseña la humildad a los poderosos, la justicia y la caridad a los ricos, la mansedumbre

y la paciencia a los pobres; promete el perdón a los pecadores, el consuelo a los tristes, la fortaleza a los débiles.

La palabra de Cristo calma las tempestades del alma con más dominio aún que las del mar de Tiberíades, rompe las cadenas de la culpa y devuelve la tranquilidad a las conciencias desgarradas por la duda... y así como entonces dio vista a los ciegos, oído a los sordos, salud a los enfermos y vida a los muertos... así ahora y dentro de muy poco veremos estas maravillosas actuaciones taumaturgias en número extraordinario, prometidas a futuros apóstoles de Cristo y de su Madre Bendita.

Repitamos con el Papa: URGE el conocimiento de Cristo, acudamos a la lectura, mejor, al *estudio de los Santos Evangelios.* ¿Dónde encontraremos mayor sabiduría, mayor sublimidad? ¡Qué pensamientos, qué máximas, qué doctrina tan celestial y divina! TODOS los que lo leen con sencillez y buena voluntad sienten que de ellos manan enseñanzas que satisfacen el alma y llenan los corazones de paz y de consuelo.

Y, ¿cómo no?, si lo dice el mismo Cristo: "YO soy el camino que conduce al Padre; YO soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida; Yo soy la verdad misma, y he venido para eso, para dar testimonio de la verdad."

Jesús es el único Maestro, porque es el único que posee la verdad y la revelá a los hombres. "Vosotros me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy; uno solo es vuestro MAESTRO: el CRISTO (Jn. capítulos XIII y XIV).

Y San Pablo se expresa así, hablando a los Colosenses (II, 3): "En Cristo se hallan encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría divina, y, por consiguiente, los tesoros de la verdad."

SERMONES DE JESUS

De estos tesoros de ciencia y de verdad está saturada toda la existencia de Cristo sobre la tierra, pero en sus

sermones y en sus *parábolas* es donde mejor se revelan.

Los principales *discursos o sermones* que figuran en el Evangelio son:

El sermón del Monte, o Bienaventuranzas. Se encuentra más completo en San Mateo, capítulo V.

El de la sinagoga de Cafarnaún, sobre la Eucaristía, en San Juan, capítulo VI, versículo 22 al final.

El discurso escatológico del monte de los Olivos, en San Mateo, capítulo XXIV completo.

El famoso Sermón de la Cena, que es como el testamento de su amor, San Juan, capítulo XIV.

La disertación sobre la vid y el odio al mundo, en San Juan, capítulo 15, completo, muy provechoso.

No resisto a poner aquí el sermón de la Eucaristía, capítulo VI de San Juan, y hago esta distinción de entre los otros sermones, porque creo que es el menos conocido.

* * *

Seguía a Jesús una gran muchedumbre de gente, porque veían los milagros que hacía con los enfermos, y dice a Felipe: ¿Dónde compraremos panes para que coma toda esta gente? Mas esto lo decía para probarle, pues bien sabía él lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un bocado.

Dícele Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: pero, ¿qué es esto para tanta gente?

Jesús dijo: Haced sentar a esas gentes. Sentáronse al pie de cinco mil hombres y tomando los panes, después de haber dado gracias, repartiólos entre los que estaban sentados y lo mismo hizo con los peces, dando a todos cuanto querían. Después que quedaron saciados dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos para que no se pierdan; y recogieron doce cestos.

Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este es sin duda el Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesús que habían de venir

para llevárselo por fuerza y levantarle por Rey, huyó él sólo al monte. Sus discípulos cogiendo la barca atravesaron el mar hacia Cafarnaún.

Al día siguiente, aquel gentío que se había quedado en la otra parte del mar advirtió que allí no había más que una barca, y que Jesús no se había montado en ella con sus discípulos. Arribaron otras barcas y como viese la gente que Jesús no estaba allí, entraron en ellas y dirigiéronse a Cafarnaún en su busca. Y habiéndole hallado a la otra parte del lago, le preguntaron: ¿Maestro, cuándo viniste acá?

Jesús les respondió: En verdad os digo que vosotros me buscáis, no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer pan hasta saciaros. Trabajad para tener no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os lo dará el Hijo del hombre.

Preguntáronle ellos: ¿Qué es lo que haremos para realizar las obras de Dios? Respondióles Jesús: Esta es la obra de Dios: que creáis en el que El ha enviado. Dijéronle: ¿Pues qué milagros haces tú para que nosotros veamos y creamos? Nuestros padres comieron del maná en el desierto, según está escrito: Dióles a comer pan del cielo.

Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dio pan del cielo, mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquél que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo.

Dijéronle ellos: Señor, danos siempre ese pan. A lo que Jesús respondió: Yo soy el pan de la vida: el que viene a mí no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed jamás.

Los judíos comenzaron a murmurar de él, porque había dicho: Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Y decían: ¿No es éste aquel Jesús, hijo de José cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos?, pues, ¿por qué dice: Yo he bajado del cielo?

Mas Jesús les respondió: No andéis murmurando entre vosotros: nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere, y yo le resucitaré el último día. En verdad,

en verdad os digo que quien cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; éste es (señalándose a sí mismo), el pan que desciende del cielo a fin de que quien comiere de él no muera.

Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo os daré es mi carne, para la vida del mundo.

Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Jesús, empero, les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no comieréis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.

Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo. No como a vuestros padres que comieron el maná y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

Estas cosas las dijo Jesús *enseñando en la sinagoga* de Cafarnaún, y muchos de sus discípulos, habiéndolas oído dijeron: Dura es esta doctrina, ¿y quién puede escucharla? Mas Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos murmuraban de esto, díjoles: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué sería si vieseis al Hijo del hombre subir a donde antes estaba? El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve; las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

1.º Pensemos que Dios es el océano de la vida y esta vida es Luz y Amor y tiene anhelos de expansionarse y darse. Y efectivamente, toda la vida divina se derrama en Cristo. "Hemos visto su gloria, lleno de gracia y de verdad, colocado en la cima de todo, introducido en la adorable Trinidad, de suerte que Jesucristo viene a ser

el Océano de la vida, y pudo decirnos: "El que me come vivirá en mí y de mi propia vida, que es la de Dios."

* * *

2.º Para poner en práctica estas promesas eucarísticas, el amorosísimo Jesús, estando ya muy próxima su muerte, aprovecha la última Cena para instituir un sacramento que perpetuará su presencia real entre los hombres hasta el fin del mundo. Será como una encarnación continuada. Y para esto, junto con la Eucaristía, instituye el SACERDOCIO, que, siglo tras siglo, pronunciará sobre el pan y el vino las mismas palabras de Jesús: "Esto es mi cuerpo; esta es mi sangre. Haced esto en memoria mía".

EL SACERDOCIO DE CRISTO

También en esto Jesús es el GRAN DESCONOCIDO. Qué poco se medita en Jesucristo Sacerdote y a la vez Víctima.

Como SACERDOTE está obrando en cada Misa y como VICTIMA viene a pagar a Dios, su Padre, las deudas contraídas por los hombres concretadas en estas dos grandes funciones de la Religión: adoración y expiación.

Pensemos en el Verbo de Dios cómo se hace hombre en las entrañas de la Virgen María. Se hace hombre precisamente para ser sacerdote, porque el fin de la Encarnación es la Redención, y ésta debía lograrla Jesucristo por la gran función sacerdotal de su *sacrificio*. Puede decirse que toda su vida fue una función sacerdotal.

Nace en Belén y ya en el pesebre empieza a ofrecerse Hostia viva que se consumará en el Calvario. Sacerdote en el taller de Nazaret donde ofrece al Padre su vida oculta y el trabajo de sus manos; Sacerdote cuando, a los 12 años, deja a sus padres y entra en el Sancta-santorum del Templo y allí permanece tres días; Sacerdote recorriendo los caminos de Palestina, evangelizando a los pobres; Sacerdote en las largas noches de oración, a cielo descubierto; Sacerdote cuando consagra el pan y el vino instituyendo la Eucaristía, que ya no cesará mientras dure el tiempo.

Sacerdote en el Cielo por toda la eternidad, y ahora en el tiempo, con toda la jerarquía de su Iglesia, haciendo el gran *sacrificio de la Misa,* que es el centro de toda la Liturgía sagrada. Nada hay más grande en el mundo que Jesucristo, y nada hay más grande en Jesucristo que *su sacrificio*, que es perfecto y definitivo.

Pero ahora se ha dado por llamarlo banquete eucarístico, nombre poco adecuado. Más de una vez he oído en el altar decir que la Misa no es otra cosa que un banquete.

Por favor, la MISA es ante todo y sobre todo, el *Sacrificio del Calvario*, como lo ha enseñado siempre la Iglesia Católica: cruento en la Cruz, incruento en el altar, siempre continuación del Sacrificio del Calvario.

No digo que alguna vez, en lenguaje lírico, se le podrá llamar banquete; pero este nombre se toma ahora como algo que no es *sagrado*, como algo terrenal que para acudir a él, no se necesita ningún requisito, y esto es un error gravísimo.

A esto que llaman banquete, y que es la *Comunión del Cuerpo y Sangre* de nuestro Señor Jesucristo, hay que ir a recibirlo *en gracia* de Dios y *en ayunas*, por lo menos de una hora. Y el que no tenga estas disposiciones NO debe ir a comulgar, sopena de cometer un grave sacrilegio, pecado que, cometido por muchedumbres, puede atraer a los pueblos la maldición de Dios.

Nótese que aunque sea la misa dominical, no hay obligación de comulgar en ella; lo que obliga es el precepto de *oir misa entera.* Claro, que si se está en gracia y en ayunas, será muy provechosa la Comunión.

PARABOLAS

Las parábolas son relatos más o menos fingidos que, inspirados en la naturaleza o en los usos de la vida corriente, exponen alguna verdad religiosa o moral. Jesús se servía de ellas con mucha frecuencia para enseñar al pueblo. Pueden dividirse en tres grupos:

a) *Parábolas del reino de Dios,* que en la tierra es la Iglesia: como las del sembrador, (Mt. XIII, 2-3), la germinación de la semilla (Mrc. 26-29), la cizaña (Mt. XIII, 24-30), la piedra preciosa (Mt. XIII, 45) y la selección de peces (Mt. XIII, 47-48).

b) *Parábolas de la misericordia divina:* Son las de la oveja perdida (Luc. XV, 3-7), la dracma perdida (Luc. XV, 8-10), el hijo pródigo (Luc. XV, 11-32) y el buen pastor (Jn. X, 1-7).

c) *Parábolas morales:* Las del siervo inícuo (Mt. XVIII, 23-25), del buen samaritano (Luc. X, 30-37), el rico Epulón (Luc. XVI, 19-31), el fariseo y el publicano (Luc. XVIII, 9-14), los obreros de la viña (Mt. XX, 1-16), las vírgenes necias (Mt. XXV, 1-13) y la de los talentos (íd. 14-30).

Expongamos siquiera una parábola de cada grupo, escogiendo entre las del *reino de Dios*, la de *la cizaña*, que el mismo Jesús quiso explicar a sus discípulos.

Dijo el Señor: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo; pero al tiempo de dormir los hombres, vino el enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo y se fue.

Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familia acudieron a él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo?, ¿cómo, pues, tiene cizaña?

Respondióles: Un enemigo lo ha sembrado. Y le dijeron: ¿quiéres, pues, que vayamos a recogerla? No, respondió, no sea que al recoger la cizaña arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer una y otro hasta la siega, que al tiempo de siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña, y haced gavillas de ellas para el fuego, y meted después el trigo en mi granero.

Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo en parábolas, sin las cuales no les predicaba; cumpliéndose lo que había di-

cho el profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas, publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.

Estando ya Jesús en casa, rodeándole sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña: y Jesús les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. El campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino. La cizaña, los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo. Los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo.

Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad. Y los arrojarán al horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Quien tenga oídos para oír, oiga...

Las parábolas de la misericordia divina, son todas ellas dignas de leerse y meditarse: pondremos aquí la más tierna y emotiva, la del "Hijo Pródigo", tan rica en detalles de misericordia:

Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el más joven, dijo a su padre: Padre, dame la herencia que me toca. Y el padre repartió entre los dos la hacienda. No pasaron muchos días que, recogidas todas sus cosas se marchó a un país muy remoto, y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente.

Después que lo gastó todo, sobrevino una gran hambre en aquel país, y comenzó a padecer necesidad. De resultas púsose a servir a un morador de aquella tierra, el cual le envió a su granja a cuidar cerdos. Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie se las daba, y volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre!

Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado

hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros.

Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistóle su padre, y enterneciéronsele las entrañas y corriendo a su encuentro le echó los brazos al cuello y le dio mil besos...

Díjole el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo a sus criados: Presto, traed aquí el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo y celebremos un banquete; pues este hijo mío estaba muerto, y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado. Y con eso dieron principio al banquete.

Hallábase a la sazón el hijo mayor en el campo; y a la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile. Llamó a uno de sus criados y preguntóle qué venía a ser aquello. El cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar el becerro cebado por haberle recobrado en buena salud.

Al oír esto, indignóse y no quería entrar. Salió, pues, su padre afuera y empezó a instarle con ruegos; pero él replicó: Tantos años ha que te sirvo, sin haberte jamás desobedecido, y nunca jamás me has dado un cabrito para merender con mis amigos, y ahora que ha venido este hijo tuyo, que ha consumido tu hacienda con meretrices, has hecho matar para él el becerro cebado.

Hijo mío, respondió su padre, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos; mas era justo el tener un banquete, y regocijarnos, por cuanto este tu hermano había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y ha sido hallado.

Las *parábolas morales*, señalan lo que es bueno, lo que es mejor, y lo que es malo, formando la conciencia y disponiendo el espíritu para seguir la vida cristiana. De las señaladas arriba, escogeremos la del hombre rico y del pobre Lázaro, tal vez la menos conocida. Habla el Señor:

"Hubo cierto hombre rico que vestía de púrpura y de lino finísimo, y tenía cada día espléndidos banquetes.

Al mismo tiempo vivía un mendigo llamado Lázaro, el cual, cubierto de llagas, yacía a la puerta de éste, deseando saciarse con las migajas que caían de su mesa, pero venían los perros y lamíanle las llagas.

Sucedió que murió dicho mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el infierno, en medio de los tormentos, levantando los ojos vio a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno, y exclamó diciendo: Padre Abraham, compadécete de mí y envíame a Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.

Respondió Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante la vida, y Lázaro, al contrario, males; y así éste ahora es consolado y tú atormentado: fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable, de suerte de los que de aquí quisieran pasar a vosotros, no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá.

Ruégote, pues, ¡oh padre!, replicó el rico, que lo envíes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no vengan también ellos a este lugar de tormentos.

Replicó Abraham: Tienen a Moisés y a los profetas: escúchenlos. No, padre Abraham, pero si alguno de los muertos fuere a ellos, harán penitencia.

Respondióle: Si a Moisés y a los profetas no les escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito."

LOS MILAGROS DE JESUS

Leí en la quinta estación de un viacrucis inédito que al enterarse la Verónica que llevaban a Jesús para crucificarle, se fue derecha como una flecha a su Dios y Señor, y le dijo: "Pero, Señor, ¿cómo permites esto?... Si Tú eres el Hijo de Dios, y lo has demostrado con tus milagros, pues me sanaste a mí con sólo tocar tus vestidos y has curado a leprosos y a muchos enfermos y dado vista a los ciegos y has resucitado a los muertos y has parado las tem-

pestades y arrojado a los demonios; si has demostrado con tus grandes milagros que eres Dios y... quitándose la toca, limpió el rostro de Jesús y saltó otro milagro, que todavía se conserva; quedó estampado aquel rostro ensangrentado... Jesús la contestó: Mi Padre me ha ordenado que muera con este género de muerte por los pecados de todo el mundo."

Precioso argumento: Tus milagros han demostrado hasta la saciedad que eres Dios, pues además de la muchedumbre de mudos, mancos, cojos y ciegos, que dice San Mateo (XV, 31) pasan de cuarenta los milagros específicos que señalan los evangelistas, como puede verse, pero aquí sólo expondremos dos de ellos: uno es sobre la *naturaleza*, y el otro *sobre la muerte.*

Habiendo llegado a Cafarnaún se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo, y le dijeron: ¿Qué, no paga vuestro Maestro las dos dracmas? Sí, por cierto, respondió Pedro. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús diciéndole: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributos, de sus hijos o de los extraños? De los extraños, dijo él. Replicó Jesús: Luego los hijos están exentos. Con todo eso, por no escandalizarlos, ve al mar y tira el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca, hallarás una pieza de cuatro dracmas; tómala, y dásela por mí y por ti. Y así lo hizo (S. Mat. XVII, 24-27).

Vamos a describir el milagro de la resurrección de Lázaro, por parecernos el más impresionante, el mayor de todos los milagros que realizó Jesucristo Nuestro Señor. Es del capítulo XI de San Juan (1-45).

Estaba enfermo Lázaro, de Betania, aldea de María y Marta, sus hermanas. Enviaron éstas a decir al Señor: Mira, que aquel a quien amas está enfermo. Oyendo Jesús el recado, díjoles: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado. Jesús tenía afecto a Marta y a su hermana María y a Lázaro. Cuando oyó que

éste estaba enfermo, quedóse aún dos días en el mismo lugar. Después de pasados éstos, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea. Dícenle sus discípulos: Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte, y ¿quieres volver allá?

Jesús les respondió: ¿Pues qué? ¿No son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche tropieza porque no tiene luz. Así dijo claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no haberme encontrado allí, a fin de que creáis. Pero vamos a él.

Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba sepultado.

Distaba Betania de Jerusalén como unos quince estadios. Y habían ido muchos de los judíos a consolar a Marta y a María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir; y María se quedó en casa.

Dijo, pues, Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano, bien que estoy persuadida de que ahora mismo te concederá Dios cualquier cosa que le pidieres. Dícele Jesús: Tu hermano resucitará. Respondió Marta: Ya sé que resucitará en la resurrección del último día.

Díjole Jesús: YO soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá. Y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú eso? Respondió Marta: ¡Oh Señor!, sí lo creo, y que tú eres Cristo, el Hijo de Dios que has venido a este mundo.

Dicho esto, fuese y llamó secretamente a María, su hermana, diciéndola: Está aquí el Maestro y te llama. Apenas oyó esto, se levantó apresuradamente y fue a encontrarle, porque Jesús no había entrado todavía en la aldea, sino que aún estaba en aquel mismo sitio en que Marta le había salido a recibir. Por eso los judíos que estaban con María en casa y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir fuera, la siguieron diciendo: Esta va al sepulcro para llorar allí.

María, pues, habiendo llegado a donde estaba Jesús,

viéndole, postróse a sus pies, y díjole: Señor, si hubieses estado aquí no habría muerto mi hermano. Jesús, al verla llorar, y llorar también a los judíos que habían venido con ella, conmovióse en su alma y se turbó; y dijo: ¿Dónde le pusísteis? Ven, Señor, le dijeron, y lo verás.

Entonces a Jesús se le arrasaron los ojos en lágrimas; en vista de lo cual dijeron los judíos: Mirad cómo le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: Pues éste, que abrió los ojos a un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muriese?

Jesús, pues, otra vez profundamente conmovido, va al sepulcro, que era una gruta cerrada con piedra y dijo: Quitad la piedra.

Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, que ya hiede, pues hace cuatro días que está ahí.

Dícele Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?

Quitaron, pues, la piedra; y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre!, gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que yo ya sabía que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo que está alrededor de mí, con el fin de que crean que tú me has enviado. Y dicho esto gritó con voz muy alta: ¡Lázaro, sal fuera!

Y al instante el que estaba muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas y tapado el rostro con un sudario. Díjoles Jesús: Desatadle y dejadle andar.

Con esto, muchos de los judíos que habían venido a visitar a María y a Marta, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en El. Pero algunos de ellos se fueron a los fariseos, y les contaron lo que habían visto. Entonces los pontífices y fariseos juntaron consejo, y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros..."

Que ¿qué haremos? ¡Necios, pues creer en El...! Pero vuestra soberbia os ciega y vuestra envidia os enciende en cólera...

TODO, TODO está diciendo a gritos: "ESTE ES DIOS."
¡Y vosotros le condenáis a muerte!

PROFECIAS SOBRE JESUCRISTO

Profecía es la predicción cierta de un acontecimiento futuro que no puede preverse naturalmente por perspicacia humana. La verdadera profecía presupone, necesariamente, revelación sobrenatural y misión divina.

Pues bien en el A. Testamento y durante once siglos han vaticinado más de 30 profecías de Dios sobre la Persona del Mesías prometido, anunciado con toda exactitud rasgos y detalles variadísimos que se han cumplido perfectamente en Jesucristo, Legado divino, Hijo de Dios que pudo decir: "Yo soy la verdad, anunciada por los profetas".

Isaías profetizó: Una Virgen parirá un hijo que será llamado Emanuel, Dios con nosotros. Otros que nacerá en Belén, que será de la tribu de Judá de la familia de David: le llaman cordero y que será llevado al matadero sin balar, que taladrarán sus manos y sus pies, que repartirán sus vestidos, que sortearán su túnica, etc., etc.

Lee, querido lector, el capít. 53 de Isaías y pregúntate: ¿de quién dirá esto el profeta?...

Si te fijas en las *figuras personales* del Mesías descritas en la Historia Sagrada, verás a Abel, matado por envidia, a Isaac, cargado con los leños, conducido al monte por su padre para ofrecerlo en sacrificio; a José, vendido por uno de los 12 hermanos, precisamente por Judá y por 30 monedas... Pero para qué seguir... Hay que ser ciegos para no ver el significado de estos personajes bíblicos.

Escribe S. Agustín: "Son los judíos los que para su propia confusión conservan esos libros, que son nuestros. Cuando queramos mostrar a los paganos que Jesucristo ha sido profetizado, les enseñamos esos libros. Y para que los que son duros en creer no digan, quizá, que nosotros los cristianos los hemos compuesto, y a la vez que el evangelio que predicamos, hemos fingido los profetas, por eso precisamente les podemos convencer, que todos estos *libros*, en los cuales ha sido profetizado Cristo, los tienen los judíos: ellos son sus guardianes".

Jesús disputando con los judíos, les decía: "Registrad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna: son las que están dando testimonio de mí; y con todo, no queréis venir a mí para alcanzar la vida". (San Juan).

Reunidos los fariseos les preguntó Jesús: "Qué os parece el Cristo ¿de quién es hijo?" –Ellos contestaron: "De David". –Jesús les dijo: "Pues cómo David le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por peana de tus pies? Si pues David le llama SEÑOR ¿cómo es hijo suyo?" Y nadie podía responderle palabra.

Los cristianos sabemos que Jesús es hijo de David, porque de él desciende según la carne, pero también sabemos que es Señor de David, porque es Hijo de Dios.

PROFECIAS HECHAS POR JESUS

Jesús hizo muchas profecías; sólo diremos algunas: "Mirad que subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles y será escarnecido, azotado y crucificado, pero al tercer día resucitará" (Mt. 20, 18 y 19).

Y a Pedro le dijo: "En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces"; y a todos ellos: "En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición". Pero terminemos con este precioso párrafo que S. Angustín pone en boca de Jesús: (habla de corazones endurecidos).

"Vamos a cuentas, si queréis; tenéis mis profecías en la mano; veis todo lo que he hecho y con qué precisión he cumplido mi palabra. Había prometido morir, ser levantado en alto (en la cruz), resucitar, subir a los cielos y enviaros el Espíritu Santo. Lo he hecho. Había prometido a toscos pecadores hacerlos pescadores de hombres y darles el poder de hacer aceptar al mundo una doctrina tan increíble como la de la cruz. Lo he hecho. Había prometi-

do que los judíos serían desterrados nuevamente y que su patria sería destruída, de manera que andarían dispersos y errantes por el mundo. Lo he hecho. Había prometido atraer a mí todas las naciones de la tierra y lo estoy haciendo.

LA IGLESIA CATOLICA

La fundación y conservación de la IGLESIA es otro argumento irrebatible de la divinidad de Jesucristo. "Y YO te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt. XVI, 18).

Sobre Pedro, pobre pescador, y los otros compañeros, todos sin letras, sin elocuencia, sin recursos, cobardes y llenos de defectos, sobre estos pobres hombres FUNDA su IGLESIA... Y les asegura (y se ha cumplido perfectamente) que ni los demonios, que es el infierno, ni las persecuciones de imperios poderosos y repúblicas impías, ni la infidelidad de muchísimos de sus hijos (que es cosa terribilísima, pues ha habido y hay obispos, doctores, sacerdotes, muchísimos herejes), que han querido o intentado hundirla, pervertirla... y no han prevalecido contra ELLA. Y aquí y allí en todas partes está firme desde hace veinte siglos con millones de mártires, de héroes, de santos, de sabios, de artistas, de todo lo más sublime de la historia del mundo... ¡Oh Cristo divino! se necesita no tener ojos, ni entendimiento, ni sindéresis, para NO VERTE en tu obra, en tu IGLESIA, donde estás vivo, amoroso, con el corazón abierto para todos.

SEÑOR, ven Tu, ven pronto. Envía tu ESPIRITU SANTO que transforme este mundo pecador en un mundo mejor.

Pero ahora parece que la Barca de Pedro está en peligro como nunca. El temporal arrecia y desde dentro y fuera de la Iglesia existe un riego inminente. Los poderes del infierno se creen triunfadores, pero el FUNDADOR con su divina MADRE nos ofrecen su CORAZON y con ELLOS el triunfo definitivo. Pero no olvidemos que

antes vendrán días penosos que debemos llenar con oración y sacrificios para obtener ese triunfo prometido.

Lo poquito que hemos dicho en este FOLLLETO sobre el GRAN DESCONOCIDO, seguramente que te ha hecho ver, querido lector, algo de lo GRANDIOSO, de lo DIVINO de nuestro SALVADOR, sin embargo, no se ha insistido bastante sobre esta verdad sublime, insuperable:

EL CORAZON SACRATISIMO DE JESUS ES CARIDAD

El es el AMOR INFINITO... No podemos comprender la inmensidad de este amor que le impulsa a darse, a entregarse por nosotros haciéndose precio de nuestro Rescate. Sin la muerte de Jesús en la cruz NO hubiera habido REDENCION. Lo dice San Pablo con estas palabras: "Porque uno es Dios y uno el MEDIADOR entre Dios y los hombres, Jesucristo-Hombre, que *se entregó a Sí mismo* en rescate por todos" (Tim. 2, 5).

Y en esa entrega de víctima, clavado en la CRUZ, siente en SI *los pecados de todos los humanos*, de todos los tiempos, desde Adán hasta el último nacido en el último día de los siglos:

> *Todos los sacrilegios, todas las blasfemias, todos los crímenes, todas las injusticias, todas las traiciones, todas las impurezas, los pecados todos, se los hace suyos, por amor a los hombres...*
>
> *Y se ve tan detestable, tan condenable, tan repletamente saturado de toda maldad, que NO se atreve a llamar PADRE a su Eterno Padre... y le dice en un idioma que nadie le entendió gritando: "Elí, Elí, lamá sabactani" "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*

Oh, cristiano que esto lees, considera, si puedes, el tormento terriblemente espantoso que tuvo que sufrir Jesús por tu salvación... Abandonado de todos, de Dios y de los hombres... Sólo su MADRE, la Virgen DOLOROSA, com-

prendía aquella horrenda situación... que le servía, a Jesús, de "mayor pena"... viéndola sufrir tanto...

Y ya va a expirar. Es el último momento de su vida y lanza un grito grande. Para mí, aquel grito grande, que convirtió al Centurión, fue el mayor acto de amor de Cristo a los hombres, (Lc. 23, 47), y consistió en la palabra " ¡MATER!"...

Había hecho todo lo posible por salvarnos a todos, y en aquel último instante de su vida, ve que muchos irán al infierno y ya NO podrá hacer nada por ellos, porque ellos NO quieren nada con EL...

¡Tantos sufrimientos, y NO valdrán para esos desgraciados que desprecían su amor misericordioso!...

Nosotros, bajemos los ojos y dejemos se llenen de lágrimas de arrepentimiento. Somos la causa de tanta pena, de tanto dolor... Pero al mismo tiempo llenémonos de esperanza diciendo con San Pablo: "Me amó y se entregó a la muerte por mí." Esta expresión debiera sernos muy favorita y debiéramos repetirla con cierta complacencia; léela despacio:

Me amó y se entregó a la muerte por mí...

¿Quién me amó? El CORAZON de Cristo, que se dejó abrir por la lanza del soldado para que yo entrara por aquella herida...

¿Quién me amó? El Unigénito de Dios, Dios como el Padre, esplendor de su gloria e imagen de su sustancia.

¿Quién se entregó por mí? Cristo, el Prometido, el Esperado, el que LO ES TODO: Es REY de Reyes y SEÑOR de los señores. Ante EL se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos...

Y ¿a qué se entregó por mí? Se entregó a la muerte... y muerte de cruz... El Autor de la vida se dejó matar... por mí... EL JUEZ de vivos y muertos, de ángeles y hombres, se ofrece como víctima de AMOR MISERICORDIOSO por mí, y por todos los hombres...

¿Has pensado, querido lector, lo que vale tu alma? ¿Has meditado alguna vez lo terribilísimo que tiene que ser el INFIERNO, que para librarnos de aque lugar horrendo, Cristo se haya sometido a tantas humillaciones, penalida-

des, dolores y toda clase de sufrimientos, que su PADRE le ha exigido para salvarnos?

¡AY de los que NO CREEN en Cristo! ¡AY de los que le odian y persiguen! ¡AY de los que abusan de su gracia despreciando los sacramentos y demás medios que EL nos dejó en su Iglesia para salvarnos y santificarnos!...

Hermano mío, que esto lees, vuelve tu alma hacia tu DIOS HUMANADO, CRUCIFICADO, HECHO PAN y preso en el sagrario por ti... y lleno de confusión y con el corazón partido de dolor por tus pecados... pídele PERDON y acude a la Iglesia, a la única Iglesia verdadera, que es la barquilla de Pedro. Ya sabes, Cristo, en su amor infinito a los hombres, les dio un medio muy sencillo de aplicarse los méritos que nos mereció en la CRUZ: los SACRAMENTOS. Acude a ellos sin respeto humano, sin miedo y sin repugnancia. Aquí todo debe ser sencillo, con ojos claros, alma de cristal... Dios te conoce muy bien y sabe lo que eres, lo que espera de ti.

Terminemos este FOLLETO recalcando la idea de que el corazón de Jesús, del DIOS-HOMBRE, nos ama con un amor infinito y que ahora, en el Cielo, en su actividad redentora es, y seguirá siendo siempre, por compromiso con el PADRE, el REPRESENTANTE del género humano y nos aseguró categóricamente que "estará con nosotros hasta la consumación de los siglos".

* * *

El Apóstol San Juan, estando aún en la tierra, vio y oyó la voz de muchos ángeles, y era su número de miríadas de miríadas y de millares de millares, que decían a grandes voces:

"Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y bendición. Y todas las criaturas que existen en el Cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y el mar, y todo cuanto hay en ellos, oí que decían:

"Al que está sentado en el trono y al Cordero, la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos" (Apc. 5,11-13).

Contestemos nosotros con fe y amor: *Amén, Amén.*